

## ALMAS ANTIGUAS

— por Pablo Barrientos —

**V**IDA dolorosa la de doña Isabel Riquelme, no sólo por las circunstancias excepcionales que la privaron de las alegrías de toda madre, sino porque su inmensa ternura comprimida, debió expresarse al hijo, ya adulto, que le devolvió la muerte del padre. Ni uno ni otro habían gozado del calor de la intimidad de un hogar común; largas distancias les habían separado hurtando al hijo de las caricias maternas, y a ella, de los mimos de la creatura que Dios envía para regalo y consuelo de los hogares.

Las condiciones de la época lo exigieron y a ellas debió someterse abnegadamente, concentrando en sí y en la hija de segundas nupcias, todo el caudal de amor inexpresado, muestras del cual daría en adelante, compartiendo penas y trabajos, glorias y consideraciones, abandono y olvido del hijo predilecto, del que sólo fué feliz a su lado y la acompañó hasta la muerte.

Don Bernardo volvió a Chile después de trece años de ausencia y al hacerse cargo de la hacienda que le había dejado en herencia el virrey, su padre, pasó a ser uno de los hacendados más sólidos del país. Dedicado a las labores propias de su nueva calidad, no descuidó, sin embargo, las máximas que traía impresas en su mente, desde sus confidencias con el precursor Miranda. Su amistad con su vecino don Pedro Ramón Arriagada y con el prior de San Juan de Dios, fray Rosauro Acuña, le permitió vincularse en Concepción con un grupo de patriotas, entre los cuales estaban los Prieto, los Cruz, Spano, Calderón, Bulnes y otros.

Doña Isabel y Rosita, su hermana, cuidaban de él afanosamente y no pocos desvelos les causaban los ajetres de don Bernardo, sin, por ello, entrabarle en sus movimientos, que oscilaban entre la hacienda, Los Angeles y Concepción.

Sus animosas tribulaciones crecieron de pronto, al decretarse súbitamente la prisión de sus íntimos, el hacendado Arriagada y el sacerdote Acuña, acusados de conspiradores, en los mismos días que eran apresados en Santiago, Rojas, Vera y Ovalle. Arriagada, el futuro fundador del Batallón N.º 4 de Chile (1818) había hecho circular copias de la Constitución inglesa, cuyo original era propiedad de O'Higgins.

Iniciada la era nueva, es diputado al primer Congreso Nacional por el partido de Los Angeles, sobrevienen los golpes de Septiembre y de Noviembre promovidos por los hermanos Carrera, las diferencias con la capital del sur y un pesado desaliento se apodera de O'Higgins después del destierro que sufre su amigo don Juan Martínez de Rozas. Aquejado de un fuerte reumatismo se retira a los baños de Perquilauquén y abriga en su mente la idea de marchar a Buenos Aires, donde cuenta con algunos amigos y donde se encuentra el Cuerpo de Voluntarios de Chile que marchó allá en 1811 y entre cuya oficialidad están sus amigos de Penco: del Alcázar, Prieto, los hijos del coronel Benavente y otros.

Con esta idea empieza a liquidar sus bienes en Las Canteras, cuando ocurre la invasión de Pareja. Recibe la bendición de su madre y parte a ofrecer sus servicios a Carrera, abandonando sus bienes y su familia a la suerte de la guerra. Como partidario, jefe de vanguardia, jefe de divisiones sueltas, siempre en contacto con el enemigo, O'Higgins fué, como soldado, el primero de la revolución. Las noticias de sus felices éxitos llegan a la madre y hermanita y aunque viven ellas en continuo sobresalto por la propaganda realista que se hace en toda la provincia de Concepción, entregada al enemigo, y en la vecina de Los Angeles, celebra en lo íntimo de su corazón la toma de Linares, hecha por su hijo, primera victoria patriota, seguida luego de la toma de Los Angeles y de los encuentros en el Tejar, Lajuelas y Maipón.

El renombre que otros títulos negaron a su Bernardo, lo empieza a fundar él mismo como soldado, llenando el corazón de la madre amantísima de justificado regocijo y orgullo. En el sitio de Chillán descuella O'Higgins por su actividad ofensiva, luego en Guilquilemu, Gomero y Quilacoya. En estos preciosos días eran tomadas prisioneras doña Isabel y Rosita que se trasladaban desde Yumbel a Concepción, siguiendo el consejo

de O'Higgins, quien creía asegurar su existencia en dicha plaza, una vez levantado el sitio de Chillán.

Fué en el Roble, cuando inauguró su grito de guerra y código moral: «O vivir con honor o morir con gloria», cuando tuvo noticias de la prisión de sus seres queridos. El noble Carrera, haciendo justicia al patriota a quien, a raíz de la victoria había apellidado «el benémérito, el intrépido, el digno coronel O'Higgins» y a quien calificó «el primer soldado capaz en sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de las glorias y triunfos del Estado chileno», puso en juego todos sus recursos para librar del cautiverio a los deudos de tan esclarecido jefe.

Después de diversas comunicaciones cambiadas entre ambos jefes patriotas, y entre O'Higgins y el comandante Sánchez, realista, encaminadas al canje de las inocentes víctimas, pudo obtenérselo ofreciendo la libertad de la señora de Sánchez y de sus hijas, a quienes Carrera había hecho prender en Concepción. Sólo dos meses después pudo conseguirse la liberación de estas damas, las que se establecieron en Concepción, donde volvieron a caer en poder del enemigo, al ocupar éste dicha plaza, en las vísperas del tratado de Lircay.

A poco de tomar O'Higgins el mando en jefe del ejército se suceden las acciones de Cucha Cucha, gloria de Mackenna y de Las Heras; Gomero, fatal para los patriotas; la toma de Talca, igualmente desgraciada; la victoria de O'Higgins en el Quilo y la de Mackenna en Membrillar. A continuación realiza la operación más feliz de todas las campañas de la Patria Vieja, la marcha sobre el Maule, en la que una serie de hábiles combinaciones le dan ventajas a O'Higgins en la carrera hacia Santiago, confirmándose la tenacidad del general en los combates de Quechereguas.

Después del Tratado de Lircay, Tres Acequias y Rancagua, la familia de O'Higgins, una vez convertida su hacienda en un campo yermo, libertada por el convenio mencionado, se traslada a la capital, y en los malhadados días de Octubre en que se pierde la Patria, emigra al lado del hijo glorioso aunque derrotado, y llega a Mendoza, tras crudas penalidades. Un curioso dictado del destino lleva a la madre y a sus hijos a alojar en la cordillera, en las casas de refugio construídas por el padre, cuando, como ingeniero delineador, pasó de España a estos reinos.

En aquellos momentos de angustia, mientras todos los que emigraban cuidaban de salvar a los seres queridos, O'Higgins, asistido de un grupo de leales, se ocupa de librar a su madre y a su hermana, únicos cariños de su corazón, inseparables de él en la fortuna y en la adversidad. El mismo día de su llegada a Santiago las envió adelante, acompañadas del capitán Escanilla, y sólo al día siguiente marchó él, alojando el 4 en la Cuesta de Chacabuco y el 5 en Los Andes.

Mientras se abría camino en la cordillera, a través de la espesa capa de nieve que cubría largos trechos, don Bernardo las rodeaba de todo su afecto y de la poca comodidad que era posible arbitrar en aquellos instantes de confusión general. Sólo el 8 de Octubre pudo continuar la marcha el grupo familiar, acampando aquella noche en la ladera de los Quillayes, entre un grupo de enormes rocas. Los dragones salvados de Rancagua por Alcázar le prestan fiel escolta, y con ellos van Freire, Anguita y su muy adicto el capitán Agustín Gana López.

El día 9 alcanzaron hasta la Guardia Vieja y al día siguiente a los Ojos de Agua, donde ya se cerraba la cordillera. Adelantando una recua de mulas y a los dragones, se abrió una huella y desde allí pidió auxilios a Mackenna, que se encontraba desterrado en Mendoza donde había encontrado a su antiguo compañero, San Martín, veterano como él de las campañas del Rosellón, contra los franceses.

El 12 de Octubre lograron llegar a la cumbre, haciendo O'Higgins gran parte del camino a pie, para asistir mejor a su madre, y sólo al anochecer alcanzaron la casucha de las Cuevas, construída hacía ya más de medio siglo (1763) por el esposo y padre, que jamás pudo imaginar que entre los viajeros que alguna vez llegaran allí en busca de reparo salvador, figurarían doña Isabel y su hijo, que aún no entraban en su vida.

El viaje fué penosísimo: varios días pasaron en que las ilustres viajeras no llevaron un solo bocado a los labios. El 15 recibieron en el Tambillo un mensajero de Mackenna que les trajo algunas provisiones y una carta consoladora en que les anunciaba la hospitalidad que les ofrecía San Martín. El 16 llegaban a Villavicencio y al día siguiente abrazaban a Mackenna e Irisarri, quienes les tenían preparado acogedor hogar bajo su techo.

Cariñosa hospitalidad proporciona refugio y abrigo a la familia exilada; nuevo vínculo, el de la desgracia, les une estrechamente. El valiente guerrero, que ha sellado con una nota heroica las improvisaciones y ruina de la Patria Vieja y que, por mandato providencial abrirá la era de glorias y afirmaciones de la Nueva, ha concentrado alrededor de su prestigiosa figura un considerable grupo de eficientes patriotas que seguirán luchando por su tierra, al lado del Gran Capitán de los Andes. Estas lealtades y afectos contribuyen a mitigar los padecimientos de la madre dolorosa, y a estos bálsamos se suma la amistad que les brinda San Martín — que será eterna y a toda prueba — y la de algunas familias mendocinas que se desviven por hacerles amable la adversidad.

Motivo de gran alegría para el caudillo y para los suyos fué encontrar allá a Mackenna, el más íntimo e inteligente de sus amigos y consejeros; pero, muy pronto tuvieron el dolor de saber su muerte en combate singular. Esta noticia apresuró su viaje a la capital, acompañado de su madre y de su hermana, para quienes no existía otra razón de vida que la Patria, identificada en el hijo y en el hermano.

La favorable acogida que les brindó allí el Director Posadas, se tornó en angustia al ser reemplazado aquel gobierno por el de don Carlos María de Alvear, amigo de Carrera desde España, quien hizo reemplazar a San Martín en la Gobernación de Cuyo; pero, a los tres meses, la rueda de la fortuna volvió a nuevas esperanzas a los patriotas partidarios de O'Higgins, al caer este gobernante y ser reemplazado por el coronel Alvarez Thomas, ligado por personal afecto a San Martín.

Atentos a los vaivenes e inquietudes resultantes de estos cambios, O'Higgins y los suyos se instalan en una modesta vivienda en los alrededores de Buenos Aires, a cuyo seno iba a refluir el drama de desolación y de hambre, de dignidad e impotencia de los chilenos que vivían en la proscripción. Allí vivían con ellos el capitán Urrutia, que casaría más tarde con una deudo del general O'Higgins, apadrinado por doña Isabel y el Director Supremo. También compartían ese techo hospitalario en una guarida que se habían arreglado en el techo de la casita el teniente Flores, que como capitán Ayudante caerá a su lado en Talcahuano, el capitán Garay y los tenientes So-

to, que acompañaban al prócer desde su salida de Las Canteras. Frecuentaban su mesa Freire y el padre Camilo Henríquez.

Si O'Higgins había salido de Chile sin más equipaje que «la camisa que llevaba pegada al cuerpo», su madre y hermanita llevaban cortos ahorros, que les sirvieron para los primeros meses de destierro. Luego, la fabricación de dulces chilenos y la costura les proporcionaron pequeñas entradas, que procuraban aumentar «liando cigarrillos». Lavando la ropa de los suyos y de los patriotas «allegados», aquellas manos suaves, acostumbradas sólo al bordado o tejido que mata los ocios, supieron de más duros deberes, impuestos por la abnegación maternal.

El año 1815, la vida de O'Higgins se divide entre sus relaciones con la gente del Gobierno: Alvarez Thomas, su amigo Fretes, Terrada, San Martín, Alvarez Jonte y otros; entre sus compañeros de desgracia; en la lucubración de planes de campaña para la recuperación de su Patria, y entre las dulces satisfacciones del hogar. Como se creyera que la expedición mandada por el general Morillo y que llegó al norte del continente, estaba destinada a Buenos Aires, ofreció sus servicios como soldado para defender en la ribera del Plata la última esperanza de la revolución americana, amagada seriamente en Sipe Sipe, en Noviembre de este año.

En Febrero de 1816 el Director, comprendiendo la necesidad de utilizar al caudillo chileno en los planes que meditaba San Martín, lo incorporó al escalafón de las Provincias Unidas con el grado de Brigadier y lo destinó al ejército de Cuyo, a donde se dirigió el 1.º de Febrero, siempre acompañado de su familia. Después de tres semanas de viaje, con la mirada puesta en las cumbres que lo separaban de su tierra, entraba a Mendoza, donde debía estrechar una amistad que duraría 28 años, hasta su muerte, con el ilustre solitario de los Andes.

Sostenido en sus afanes por el amor de su madre y hermana, colabora decididamente desde Marzo de 1816 a las rudas labores de su amigo, lo reemplaza algunas veces, construye el campamento del Plumerillo; procura sin suerte, la formación de tropas chilenas, coopera, en fin, a la formación de la brillante herramienta que había de vengar la derrota de Rancagua. El binomio San Martín - O'Higgins se hace inseparable.

12 de Febrero de 1817: Chacabuco — día de gloria continental — suprema acción de O'Higgins — que le lleva a la pri-

mera magistratura de su Patria independiente. Ya nunca más regirán en ella funcionarios extranjeros. Comparten su hora de triunfo su madre y su hermana. No le seguiremos en estos caminos, que en las horas de bonanza sobran los amigos a los afortunados.

Curapalihue - Gavilán - Talcahuano - Cancha Rayada - Maipo - captura de la María Isabel - Escuadra Libertadora — creaciones civiles y militares - bases de la administración pública; obra monumental de O'Higgins que nadie podrá borrar. Fracciones inevitables en momentos de transición le granjean desafectos; la profunda crisis económica impone dolorosos sacrificios y las consiguientes críticas. Muchos amigos se retiran, algunos afectos se enfrían, nacen los odios: sólo su madre y su hermana le aguardan en Palacio, sostenes de su espíritu, consuelos de su abatido corazón.

No cabe en estas líneas un examen, ni siquiera un ligero recuerdo de las múltiples actividades del incansable Director Supremo en el afán de promover el orden y el progreso de los pueblos, y no decimos de su felicidad, porque, como él mismo lo expresó, ésta debe ser impuesta, cuando no saben estimarla.

Cuando llega el día de la prueba suprema, el pueblo de la capital, amotinado, le exige la abdicación; sus amigos, para convencerle de la necesidad de hacerlo, apelan a su madre y ésta, altiva y digna como una matrona romana exclama: «Antes quiero ver a mi hijo muerto, que deshonrado.»

En los días de su abdicación, su hermana Rosita estaba gravemente enferma. San Martín, que, de regreso del Perú, enfermó a su vez, al llegar a Santiago, había convalidado en la chacra del Conventillo perteneciente a O'Higgins y al llegar a Mendoza, y recibir noticias de la honrosa caída de su amigo, pide informes de la salud de Rosita, O'Higgins le contesta: «Rosita estaba a los umbrales de la muerte cuando tuve precisión de separarme de la capital, pero sí que se halla muy mejorada y que mi señora madre está buena.»

Fué así que, precisamente en los instantes en que su espíritu ha debido experimentar hondas emociones, ya por los sucesos mismos de la capital, ya por la prisión que sufrió en Valparaíso, nuestro héroe se vió desamparado de los únicos afectos leales y constantes que hubieran prestado calor al hielo del desencanto.

El triunvirato de la epopeya del sur estaba caído, como luego caería el del norte: Bolívar, Sucre y Santander. San Martín y Pueyrredón vivían en forzoso retiro y es así como el primero lo consuela: «Sí, mi amigo, ahora es cuando usted gozará de la paz y tranquilidad», y el último le confirma: «Busque usted, amigo mío, su felicidad en el retiro.»

El 17 de Julio, mientras un buque extranjero se aleja de las playas de Valparaíso, un grupo inmóvil se divisa apoyado a su borda, contemplando las costas chilenas. Es O'Higgins, su madre y Rosita. Ninguno de ellos volvería a pisarlas. Rodeado de sus íntimos amores se expatría el prócer, el libertador de dos pueblos, esa vida llena de grandezas, trabajada, sin embargo, de constantes infortunios.

Al llegar al Perú, la familia fué acogida, rodeada de todos los respetos debidos a su rango, por el entonces presidente del Senado, Marqués de Torre Tagle, quién había sido discípulo de O'Higgins en el colegio del Príncipe, durante su estada, de niño en Lima y había casado con la viuda de don Demetrio O'Higgins, primo hermano de don Bernardo. Estos son los vínculos de la familia a que alude Torre Tagle en su correspondencia con nuestro héroe. Tan benévolas atenciones no lograron dar la paz anhelada al grupo de proscritos, por la intranquilidad reinante en el Perú, derivada de continuos y recientes reveses de las armas libertadoras y de las disensiones internas.

Su amigo San Martín, durante su Protectorado de la nación hermana, obtuvo del Congreso la cesión a O'Higgins de las haciendas de Cuiva y Montalván, en el valle de Cañete, tierras de que no pudo hacerse cargo de inmediato, por estar ocupadas por el enemigo. En tal situación ofreció sus servicios a Torre Tagle, quien los aceptó de una manera altamente satisfactoria para sus sentimientos, y, aunque ello no llegó a realizarse, O'Higgins pudo prestar otro servicio a la causa peruana, denunciando a Bolívar, cuando todavía era oportuno, el descontento reinante en los castillos del Callao, que había de terminar en la sublevación que empañó las glorias de las armas del sur.

Cuando el Libertador Bolívar se dirigió a Trujillo, O'Higgins, dispuesto a militar bajo sus órdenes, lo siguió, acompañado de su familia, donde se instaló modestamente, como lo había hecho en Lima, compartiendo sus privaciones doña Isabel



y Rosita. En estos principios de su mala estrella, vivían de cortas libranzas que recibían por la venta de sus muebles, libros y otros efectos dejados en Chile, parte de los cuales adquirió la viuda del General Mackenna, y el resto, sus amigos.

Su establecimiento en Trujillo había sido en Diciembre de 1823 y ya en Enero del nuevo año prestaba O'Higgins dos nuevos servicios a la causa peruana. Intervino como amigable mediador en las penosas diferencias que se produjeron entre el vice-almirante Guise y el prefecto de Trujillo, gestión que agradeció Bolívar como «un gesto noble y espontáneo, propio sólo del patriotismo de usted y de su carácter sagaz y generoso». Días después obtiene del Libertador el perdón de la vida para su compatriota el Coronel don Ramón Novoa, quien difícilmente habría escapado del patíbulo, sin las reiteradas gestiones humanitarias de nuestro héroe. El Coronel Novoa, su hermano don José María, y el Coronel don Ramón Herrera, los tres chilenos carrerinos, conspiraban con Riva Agüero en Trujillo, amenazando la unidad del Perú.

Como en el día de su abdicación, su noble madre lo asiste en otro momento de altísima significación histórica, aquel en que el prócer parte desde Trujillo a incorporarse al séquito de Bolívar, quien después de numerosas instancias de O'Higgins, que constan en otras tantas cartas, accede a que le acompañe en la que ha de dar la última campaña para la libertad de América. Dice John Thomas, Secretario de O'Higgins, en el Diario de la Campaña de Ayacucho:

«Nada puede sobrepasar la fortaleza mostrada por doña Isabel ante la separación del báculo de su vejez. Cuando don Tadeo propuso retardar nuestra partida hasta el sábado en la mañana, ella no aceptó, objetando que esa demora podría privar a su hijo de la oportunidad de prestar su ayuda en una batalla de cuyo buen éxito dependía tanto la independencia de América. Esta señora no es inferior, por ningún capítulo, a las célebres matronas romanas, cuya magnanimidad contribuyó tan poderosamente a la grandeza de su país.»

Es sabido que Bolívar avanzó hasta Andahuailas y de allí regresó a Lima, por lo que O'Higgins, que lo acompañaba, no pudo participar en la batalla de Ayacucho, que fué gloria exclusiva de Sucre. Desde el 9 de Julio hasta el 6 de Diciembre, el prócer chileno siguió los pasos del Libertador del Norte; la

víspera de su natalicio, el 18 de Agosto, se le reunió en Huanca-  
yo y al día siguiente almorzaron juntos los dos genios de la li-  
bertad. Sigue el viaje penosísimo, en medio de tempestades,  
nieve y fatigas sin cuenta, hasta Huamanga, donde pasan tres  
semanas, que aprovechó O'Higgins para escribir a su madre,  
al General Vidaurre, a Camilo Henríquez y a otros personajes  
a quienes noticia detalladamente de las ocurrencias en aquel su  
nuevo esfuerzo americano.

Luego después se establece en la hacienda que la genero-  
sidad peruana le había donado y que fué el único sostén de su  
vida y de los suyos, motivo que comprometió la eterna gratitud  
del prócer y del pueblo chileno. Dedicado a restaurar aquel  
predio, esquilmo por la guerra, pasaron los primeros años de  
su residencia. Dispuesto, como se hallaba, a no volver jamás  
a la vida pública, después de sellada la independencia del con-  
tinento, se propuso terminar allí sus días, lejos de las solici-  
taciones humanas, que sólo habían sido, para él, fuentes de rece-  
los y de odios.

En la amable compañía de su madre y hermana, se desliza  
apacible la vida del proscrito. La nostalgia de la patria lo lle-  
va alguna vez a oír los clamores o los ecos que llegan hasta esas  
playas, de las inquietudes de sus amigos en Chile que miran  
en el ilustre fundador la salvación de la república. No tarda  
el desengaño en apoderarse ya definitivamente de su ánimo, a  
la vista de ataques y miserias que van a buscarle a su dulce  
Tebaida.

La copiosa correspondencia que mantiene con personajes  
de la época, todos en desgracia, como él, conforta su espíritu  
y jamás salen de sus labios o brotan de su pluma, expresiones  
de condenación o de ofensa. Ya ha alcanzado ese plan de su-  
perior serenidad en que el perdón y la piedad por debilidades  
y apetitos son la regla filosófica de su alma elevada. Busca  
entonces satisfacción en sí mismo, en el recuerdo del bien que  
ha hecho, sin reclamar recompensa. Como su amigo San Mar-  
tín, ha comprendido que no serán los hombres de su tiempo  
los que le harán justicia.

Se refugia en Dios, revive la formación cristiana de sus  
primeros días, torna sus esperanzas a la Virgen, a quien ha ofre-  
cido en sus días de gloria cada uno de sus triunfos, a la que, en  
el infortunio, pide consuelo y paz, En cada una de sus cartas

habla de su vida contemplativa, de su veneración y gratitud al Altísimo, que le ha dispensado invariablemente sus favores, los que él, en su humildad cristiana, dice no haber merecido. Frente a su lecho ha colocado un altar de campaña para su veneración a la Santísima Virgen del Carmen, la Patrona de las armas del Ejército de los Andes y del Ejército Unido, a la que había prometido levantar un templo en el lugar de la victoria definitiva, esto es, en Maipú, donde vió coronados sus esfuerzos por su Patria. Allí se oficiaba la santa misa diariamente y el prócer la seguía con edificante fervor, rodeado de su madre, su hermana y demás familiares.

Los años van corriendo, los achaques contraídos en su agitada vida de soldado se hacen presentes, cobrando su precio a la gloria. Encima los sesenta años cuando el portaestandarte de su Escolta en los días de Talcahuano, el alférez don Manuel Bulnes, convertido en General de la República y Comandante en Jefe de los Ejércitos Unidos de Chile y del Perú, vencedor de Yungay, vuelve a Lima, coronado de laureles y rodeado de la gratitud de tres pueblos. Allí recibe el homenaje de oficiales y soldados chilenos que veneran la ancianidad del campeón americano. Entre ellos viene su ayudante en el Roble, el que le vendó su gloriosa herida, el general don José María de la Cruz, quien dejaría a la posteridad valiosos recuerdos de la personalidad del héroe.

En aquellos días, después de dieciseis años de acompañarlo en el exilio, su anciana madre, doña Isabel, agravaba considerablemente en su dolorosa enfermedad. Cumplía 75 años de edad, en una vida llena de renunciaciones por su hijo, por el único amor de su existencia. El 22 de Febrero de 1839 escribía don Bernardo a su amigo el doctor Pequeño: «Nos hallamos en grandes trabajos, mi señora madre muy enferma de postración, hoy recibe el viático.»

Algunos días después pareció pasado todo peligro; sin embargo, la mejoría fué sólo aparente.

La atención de su madre ha dejado exhausta la economía de la familia: «Los gastos de su curación que hemos hecho con el mayor gusto y han surtido gran efecto han sido excesivos. Tres juntas de médicos se han tenido diarias hasta antes de ayer y le aseguro a usted que los noventa y siete pesos que ha entregado el arriero Feliciano han sido un auxilio sorprendente,

como bajado del cielo: esta mañana se habían pagado cien pesos al señor Palacios y nos habíamos quedado sin numerario.»

Tantos esfuerzos fueron inútiles y el 21 de Abril de aquel año la anciana madre rendía su alma al Creador, y soldados chilenos llevaron el féretro sobre sus hombres, hasta su última morada. El general Bulnes, rodeado de su brillante Estado mayor, acompañado de las altas autoridades peruanas, rodean al héroe americano y compartían su dolor. El atribulado hijo condensó sus penas y su admiración filial en emocionante epitafio que hizo grabar sobre lápida de mármol en la tumba que hasta nuestros días guardó los restos venerables de la abnegada madre:

*Aquí yace y espera  
la resurrección de la carne  
Doña Isabel Riquelme.  
Falleció en 21 de Abril de 1839.  
Las virtudes cristianas moraron en su corazón  
mereciéndole el amor y respeto  
en Chile y el Perú.  
En su nombre se derramaron lágrimas ingenuas  
y su hijo el G. Mariscal  
Don Bernardo O'Higgins  
consagró en su acervo dolor  
este humilde monumento a su memoria.*

La conmovedora piedad que revelan estas líneas acusa el inmenso vacío que quedó en el alma del gran chileno, cuya salud vacilaba también al golpe de las penalidades físicas de su pasión activa por la patria y de las no menos dolorosas del alma, nostálgica de su tierra. Escribió entonces:

«Llegó al fin el momento terrible que temíamos: nuestra buena y querida madre falleció el 21 del corriente, antes de las 12 de ese día de lágrimas y confusión. Fueron necesarios todos los auxilios de la religión para sufrir tan acerbo dolor. Su cristiandad, sus hechos domésticos y su desprendimiento, que han llevado todo el carácter de los llamados a la bienaventuranza, espero que por la misericordia del Todopoderoso, la ha-

yan conducido a la patria celestial, donde no dudo que descansa; encomendarla a su creador es nuestra obligación. Rosita y Petita tan inconsolables como yo, deploramos su ausencia y bendecimos su memoria.»

Nuestro historiador, don Jaime Eyzaguirre, describe la lápida funeraria en estos términos: «Dos figuras en relieve orlan la inscripción emocionante; a la izquierda se advierte la esfinge de una mujer, acaso símbolo de la patria, que trae inclinada la cabeza y los brazos en cruz sobre el pecho, en clara expresión compungida; y a la derecha puede contemplarse al propio O'Higgins, vestido de uniforme, que se acerca a llorar sobre el féretro y oculta el rostro dolorido con la mano derecha.»

En las cartas del prócer se mira la consternación que se apoderó de su ánimo con tan penosa pérdida; creyó perderlo todo en el mundo, cuando le faltó su madre, a quien Dios había conservado por tantos años, como para compensarle de mil amargas y desengaños. Ya no pensó sino en volver a Chile, cuyo anhelo, largamente sustentado, no fué sino el comienzo de la ascensión a su Calvario, que había de terminar, tres años después, con su propia vida. De tal modo estaban unidas estas almas que desde el punto mismo en que una de ellas cesó de alentar en la tierra, la otra no aspiró sino a reunirse en el cielo, tras de abrazar y perdonar a amigos y enemigos de otros días.

No le fué dado cumplir estos últimos votos de su espíritu; confiado al amor de su hermana sufrió con ejemplar resignación la cruel enfermedad que lo llevó a la tumba. Su hijo Demetrio, convertido en su brazo derecho en la administración de sus bienes, le consagró en sus días y después de ellos la más conmovedora veneración. Una indiecita araucana que doña Isabel había criado en el lejano hogar chillanejo, casada ahora con el hijo de su administrador de Montalván, rendía al prócer el homenaje de la gratitud y de respetuoso cariño.

Estos últimos afectos familiares consolaron los postreros días de don Bernardo O'Higgins. Las varias tentativas que hizo para volver a su Chile amado, viéronse frustradas por violentas recaídas en sus dolencias. Una y otra vez confesó a sus amigos sus esperanzas en el retorno, y otros tantas entregó a Dios la confianza en su protección. Resignado a la divina voluntad esperó el dictamen definitivo, hasta que el 23 de Octu-

bre de 1842, cuando se le abrían las puertas, antes selladas, de su patria, se le ofrecieron, amplias y consagradorias, las de la eternidad.

Diecinueve años había durado su ostracismo; dieciseis de ellos los había compartido con su amantísima madre, años de puro y abnegado amor. En el hogar en que faltó siempre el padre, doña Isabel fué el cariñoso sostén del hijo, y éste, el báculo de su vejez. Roto el amable vínculo, no quedaba a la parte sino restituirse al todo, y en el día que hemos dicho, sus almas inseparables se unieron en el Señor.